

La poética de Gastón Baquero y el grupo *Orígenes*

Introducción

Tal vez, el más importante objetivo generacional que se propuso el grupo artístico-literario Orígenes en la Cuba de 1937 a 1956, consistió en articular —aunando los esfuerzos y características particulares de sus integrantes— una propia expresión que los dignificara y salvara de la desintegración sociopolítica y cultural que, según ellos, vivía el país en aquellos años posteriores a la caída del tirano Gerardo Machado y a la frustración del movimiento revolucionario que provocó dicha caída. Como causas de la desintegración nacional, los origenistas consideraban, entre otras, la corrupción político-administrativa de los gobiernos de turno, los intereses egoístas de ciertos sectores adinerados del país, la pereza e inacción de muchos y la intromisión norteamericana en la Isla.

Ya en la editorial «Inicial» de la primera revista del grupo, todavía en ciernes, *Verbum* (1937), aparecía expreso el objetivo generacional antes señalado, sólo que entonces se refería de manera algo restringida al recinto universitario habanero del cual dependía la revista. La proyección mayor que llevaba implícita dicha editorial se haría evidente años más tarde, cuando el grupo comenzó a expresarse en publicaciones de naturaleza más independiente y dirigidas a un público más heterogéneo.

La editorial «Inicial», atribuida a José lezama Lima, señalaba nítidamente las *urgencias* que «la afirmación pesimista de la decadencia universitaria» le imponía al estudiantado universitario habanero en 1937:

No hay duda alguna que nuestra Universidad en su fase actual... atraviesa el momento subrayable en que el dolor de no haber sabido articular su expresión, empieza a recorrerla. Es ya un claro signo. Quisiera la revista *Verbum*, ir despertando la alegría de las posibilidades de esa expresión, ir con silencio y continuidad necesarias reuniendo los sumandos afirmativos para esa articulación que ya nos va siendo imprescindible, que ya es hora de ir rindiendo. La Universidad ha sido hasta ahora un

mero eco de las equivocaciones radicales que dentro del *demos* suelen presentarse en forma de llamadas contradictorias y de antinomias irresolubles lo que parece claro y cernido trasladado a las esencias del ser. Estamos urgidos de una síntesis, responsable y alegre, en que podamos penetrar asidos a la dignidad de la palabra y a las exigencias de recalcar un propio perfil, un estilo y una técnica de civilidad. La función y la búsqueda de ese estilo, consistirán en el necesario aislamiento y rescate de aquellas fuerzas de sensibilidad y de fervor que puedan pasar a esa síntesis, dignidad rectora del ser que desplaza forzosamente el símbolo de la nueva ciudad dignificada. (*Verbum* 1: 1-2)

Lezama hace aquí y allí, un llamado a la responsabilidad ética individual ante los síntomas de la decadencia social, responsabilidad que implica la necesidad de alcanzar una síntesis dignificadora por la palabra (la acción por la palabra y la creación) que instaure —en medio de la dispersión y corrupción— una nueva ciudad dignificada. Según Efraín Barradas, esta editorial no sólo concibe ya la literatura y el arte «como medios para resolver los problemas sociales», sino que también expone tempranamente el propósito último de Lezama de «fomentar un trabajo cultural, dedicado y no polémico, a través del cual se logre una expresión nacional auténtica», cuyos elementos esenciales (ésos que el propio «Lezama llamará más tarde los *origenes*») serían detectados y plasmados por los artistas y los escritores en obras cuya robustez y carácter imperecedero dependerían en última instancia de sus intrínsecas calidades artísticas y su reconocimiento internacional. El creador, como insistirán los origenistas en sus próximas revistas, se define ya en *Verbum* como «aquél que descubre el plan o sentido secreto de la sociedad a través de la creación estética» (Barradas 3-4). No otra es la utilidad social de la poesía, seguirá pensando el origenista Gastón Baquero en 1960, cuando afirma:

La grandeza eminentemente *social* de la poesía, es decir, la grandeza de una comunicación y de una confesión profunda de lo *humano*, trascendiendo la peripecia visible y descubriendo las entrañas de los que se aproximan —no otra cosa es la poesía—, ha vuelto a colocar a ésta en el sitial de máxima referencia y de supremo aprovechamiento. Hoy la poesía es útil de nuevo. Tras los avisos, las sentencias, las anticipaciones. (*Darío* 307).

En su carta de enero de 1939, al futuro origenista Cintio Vitier, Lezama, tras evocar sus actividades culturales en la Universidad de La Habana, manifiesta su plena confianza en aquella labor realizada y la visión profética de un proyecto colectivo todavía mayor que aún no logra definir con precisión y del que *Verbum* había sido solamente el *inicio*, tal como había señalado en el título de su editorial:

Pudimos hacer muy pocas cosas, se siguen haciendo invisibles cosas, que algún día serán llevadas a su verdadera valoración... Estas cosas parecen dejar tan sólo una estela cremosa, y después resultan la mismísima voz central que a todos nutre y que de todos es apetecida. Ya va siendo hora de que todos nos empeñemos en una Economía Astronómica, en una Metereología habanera para uso de descarriados y poetas, en una Teleología Insular, en algo de veras grande y nutritivo. (Citado en Vitier, «De las cartas» 106).

Aquí Lezama establece una íntima conexión entre sus actividades universitarias, su centro de operaciones habanero (la ciudad) y el proyecto mayor (insular, nacional) al que aspiran él y, años más tarde, el grupo Orígenes.

«Testamento del pez» de Gastón Baquero

La revista origenista *Clavileño* (1942-43) publica en 1942 el poema «Testamento del pez» de Baquero (4-6: 14-15). Si bien, este poema —como toda *obra abierta*— permite una lectura diferente a la que aquí propondremos, parece no obstante, reformular en lenguaje poético las anteriores ideas y preocupaciones claves del grupo Orígenes. «Testamento del pez» se nutre, por una parte, del concepto origenista de *ciudad* como centro de conflagración, reflexión, resistencia y resurrección con el cual establecer una orgullosa identificación —como hará Lezama más tarde en sus «Pensamientos en La Habana» (*Orígenes* 3. 1944: 24-30) y sus *Tratados en La Habana* (1958)— y, por otra parte, de la necesidad de mantener ante tanta dispersión y destrucción de lo nacional una secreta o silenciosa vigilancia a través de una obra robusta e infatigable que les permita resistir desde el espíritu y rescatar los signos de una identidad entonces en crisis pues, como dirá el propio Baquero, en esa época resultaba ya «imprescindible por excesivo desequilibrio con la realidad pública, el salvaguardar la apetencia espiritual y su expresión bajo una coraza tan sólida como fuese posible» («Tendencias» 264).

El poema completo está basado en la amorosa relación e identificación que el «yo» poético establece con una ciudad que resiste de manera digna e imaginativamente creativa los insistentes embates de la muerte y la desintegración. El «yo» poético exclama:

Yo te amo, ciudad,
 porque te veo lejos de la muerte,
 porque la muerte pasa y tú la miras
 con tus ojos de pez, con tu radiante
 rostro de un pez que se presiente libre;
 porque la muerte llega y tú la sientes
 cómo mueve sus manos invisibles,
 cómo arrebatata y pide, cómo muerde
 y tú la miras, la oyes sin moverte, la desdeñas,
 vistes la muerte de ropajes pétreos,
 la vistes de ciudad, la desfiguras
 dándole el rostro múltiple que tienes,...
 la vences, la reclinas,
 como si fuese un perro disecado,
 o el bastón de un difunto,
 o las palabras muertas de un difunto...

Yo te amo, ciudad,
 cuando persistes,
 cuando la muerte tiene que sentarse

como un gigante ebrio a contemplarte,
porque alzas sin paz
en cada instante
todo lo que destruye con sus ojos,...
y siempre estás, ciudad, ensimismada,
creándote la eterna semejanza,
desdeñando la muerte,
cortándole el aliento con tu risa,
poniéndola de espaldas contra un muro,
inventándote el mar, los cielos, los sonidos,
oponiendo a la muerte tu estructura
de impalpable tejido y de esperanza. (*Magia* 211-213).

Como en «Noche insular: jardines invisibles» de Lezama y en contraste con «Las Furias» del también originista Virgilio Piñera (poemas aparecidos en 1939 y 1941 respectivamente), hay en el texto de Baquero un optimista canto al triunfo del impulso creador sobre el destructor. Sólo gracias al trabajo persistente de contruir(se) una forma resistente y eterna, logra el espíritu (la ciudad) salvarse de (e imponerse a) las constantes acometidas de la muerte, la cual muchas veces no es un agente externo sino intrínseco al ser. De hecho, es precisamente esta vecindad con la muerte que habita dentro y fuera del «yo» poético, lo que le ha dado a éste una *forma* resistente y perdurable y un mayor conocimiento de sí mismo:

Yo soy un pez, un eco de la muerte,
en mi cuerpo la muerte se aproxima
hacia los seres tiernos resonando,
y ahora la siento en mí incorporada,
ante tus ojos, ante tu olvido, ciudad, estoy muriendo,
me estoy volviendo un pez de forma indestructible,
me estoy quedando a solas con mi alma...(*Magias* 212).

El final del poema canta este triunfo de la ciudad y la imperiosa necesidad del «yo» poético de integrarse a ella, de participar en su plenitud de cualquier forma posible, ya sea como «pez», «estrella», «ojos», «objeto» o «sombra». El «yo» amante penetra las huellas de la destrucción en la ciudad hasta detectar en ésta los signos irrefutables de una resurrección e intensa actividad creadora que celebra de la siguiente manera:

tu sombra gigantesca laborando,
en sueño y en vigilia,
en otoño, en invierno,
en medio de la verde primavera,
en la extensión radiante del verano,
en la patria sonora de los frutos,
en las luces del sol, en las sombras viajeras por los muros,
laborando febril contra la muerte,
venciéndola, ciudad, renaciendo, ciudad, en cada instante,
en tus peces de oro, tus hijos, tus estrellas. (*Magia* 214).